

Puro Caos

Yesica Mabel Puerto

YESICA M. PUERTO

LAS CUATRO
ESTACIONES

*Relatos, cuentos, y prosa poetica
escritos durante el 2017*

"No hay casualidad sino destino. No se encuentra sino lo que se busca y se busca lo que existe en lo más profundo del corazón."

-Ernesto Sabato

Capítulo 1

Lejos de tener una verdadera noción de su existencia, ella estaba en la ciudad más dulce del mundo. Caminaba serena, llevando a su hija de la mano. La gente en su alrededor también caminaba tranquila, compraba, salía, hablaba y reía en la ciudad. Estaban cerca de la hora del atardecer, el cielo iba tornando su celeste pálido a un tono rosado y naranja que iba expandiéndose en las alturas. El ocaso era extraño, no supo precisar por qué. Pero lo sentía en el aire que respiraba, lo sentía en la luz que absorbía. Cuando concentraba su mirada al cielo una mala sensación incrementaba en la piel. Y ahí la vio, alta, lejana, pero completa. La luna saliendo desde un horizonte indefinido en medio del celeste enfermizo y la luz fluorescente emergiendo de ese atardecer encantador.

Detuvo su caminar. El aire y la luz, le llegaron como una punzada en la carne. Sentía una curiosa y vertiginosa adrenalina al evocar su mirada a la luna. Su cuerpo quedó inmóvil. Y noto que el satélite iba moviéndose en dirección al sol, que siendo una bola naranja quedo estancada en un solo lugar a pocos metros del suelo. Mientras escuchaba de fondo los ruidos de las personas siguiendo su vida rutinaria en la ciudad. ¿Qué no veían lo que estaba pasando? ¡Iba a haber un eclipse! Le grito su cerebro mientras su cuerpo quedaba estupefacto siguiendo el camino impasible de la luna. Aun así, había una rareza en todo aquel escenario, y no sabía cómo precisarlo, el vértigo se estaba transformando en miedo en su pecho, e instintivamente apretó la mano de su chiquita que en ningún momento se había quejado de la parada de su madre al andar.

Solo empezó a oír que, por fin, a algunas personas señalan al cielo y los gestos y tonos en sus voces estaban absorbidos por la maravilla que el cielo les ofrecía. E inmutable, la luna, con una lentitud gélida iba directamente para encontrarse con el sol que se tornó en un rojo sangre, y mientras corría el tiempo, el cielo se iba formando en degrade rosa, hasta casi purpura oscuro, todos en la ciudad detuvieron su andar, quedando mudos. Ya nadie se movía. Ella pudo oír el comentario de un hombre que decía que la luna se estaba moviendo demasiado rápido, que así no debía ser. Ella lo supo, sabía que algo andaba mal. Cuando la hermosa y fría luna, culminó su recorrido hasta donde debía llegar, transformando su blancura pálida en un hoyo negro tapando al sol... allí... ocurrió...

Ni bien el sol quedo atrás de la luna, exploto detrás de ella. En realidad, parecía como si hubiese explotado algo por el costado. La explosión del cielo fue ensordecedora, golpeó sobre la superficie de la tierra, como si Dios hubiese pegado un grito áspero y horrible. Una bocanada de aire caliente se agitó por todas partes. Y el miedo en su pecho se transformó

en pánico, y toda la ciudad se transformó en puro caos.

Ella miró a su alrededor porque la masa comenzó a gritar y a llorar, corriendo para todos lados. Empezaron a arrancar los autos para cualquier lugar, chirriando y chocándose de forma estúpida y cruel. Tironeó del brazo de su chiquita, y por un microsegundo pensó en alzarla, pero la lógica le indicó que iba a huir con efectiva rapidez si simplemente corrían juntas las dos. La gente se volvió loca. Gritaban y se chocaban entre sí. Se seguían escuchando ruidos ensordecedores entre las emanaciones de aire caliente que parecían expulsar del cielo y ella alcanzaba ver entre los diferentes grados de calor que se percibían, como un calor más extremo golpeaban la piel de todos, hasta casi hacerla explotar.

Corrió en un costado de la calle, arrastrando del brazo a su hija, quien no lloraba para su sorpresa. Lo único que le indicaba sus emociones era salir del centro de la ciudad. Regresar a casa. Al menos regresar con la familia, al menos morir en la casa, al menos morir con la familia. Sin importar que todo ese desastre incomprensible estuviese pasando en todas partes. Intentó correr lo más fuerte que podía, empujando y esquivando a las personas, que al igual que ella, desesperada y sin sentido huía hacia algún lugar. Los ruidos estridentes ya no la hacían oír ni los llantos ni los gritos de los demás, excepto como algo lejano y apagado.

Sentía el dolor de sus tacos contra el asfalto, y la mecánica de sus piernas de solo seguir adelante, esquivando a la gente. Se dio cuenta que una fuerza superior a ella, no la dejaba mirar atrás ni mirar para un costado adonde llevaba a su hija. No conseguía verle la cara. No porque no quería. No porque no lo deseaba. Simplemente no podía. Todo su cerebro le ordenaban correr, correr y solo correr. Un alivio se formó en su cabeza cuando se dio cuenta que, zigzagueando en el camino, lograba esquivar mejor esas emanaciones ardientes y violentas que venían contra su piel. Ya había pasado más de 3 cuadras corriendo, al llegar a la calle, un auto se abalanzó a la esquina atropellando a una adolescente y una nena de 12 años que tenía una remera rosa de Kitty. Agradeció no haber llegado a esa esquina tan rápido. Observo con ojos desesperados a su alrededor mientras seguía obligando a sus piernas correr. Ya era implícito que escuchaba los estruendos a lo lejos, no porque se hubiese alejado lo suficiente, sino porque ya estaba sorda, vio que a un conjunto de individuos que se tiraba al suelo a llorar, le sangraban los oídos, supuso que ella también le estaban sangrando, pero no le importo.

Estaba cerca de llegar a una plaza cuando una multitud vino corriendo en contra de ella, intento mantenerse y tener equilibrio, pero tuvo que parar de correr. Y ahí observo que una fuerza extraña, como si una fuerza gravitacional tomara los cuerpos de algunas personas y las aventara de nuevo al suelo o a las paredes. La potencia con que los expulsaba era tan seca, tan brutal que los cuerpos parecían explotar ante el cemento. Largo un grito espantoso que le rajó la garganta, y nerviosa tomaba más fuerte

de la mano de su chiquita, y usaba su cuerpo con todas sus fuerzas para avanzar entre la gente. Las lágrimas que se formaban en sus ojos le nublaban la vista, y la adrenalina amarga en su pecho le daban impotencia. Tenía que salir de ahí. Se calló, se levantó y se abrió camino y siguió corriendo a toda velocidad, las rodillas le daban punzadas como si tuviera clavos en ellos, pero no interesaba. Tenía que regresar a su hogar.

Y cuando al fin llegó, y cruzó el patio, se dio cuenta que no llevaba a nadie de la mano. Porque claro, nunca tuvo una hija. Entro a la vivienda y vio a sus padres, ya ancianos, con los ojitos apenados y tristes, porque sabían que todos iban a morir. Avanzó hacia ellos y sus padres la abrazaron. Sintieron que la casa temblaba y se abrazaron aún más fuerte. Supieron que algo monstruoso estaba creciendo como un tsunami altísimo por arriba de ellos, los rugidos de un horror invisible sobre el cielo, estaba exactamente encima para arrástralos de un saque. Se abrazaron en silencio un poquito más fuerte... estaban a un segundo de morir.